

Nuestro querido colega de San Sebastián "El Pueblo Vasco", ha publicado hace pocos días un interesante y sustancioso artículo político del ilustre ex-Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros y ex-diputado a Cortes maurista don José Félix de Lequerica, artículo cuya reproducción en estas columnas no dudamos será estimada por nuestros lectores:

OPINIONES

"Por la Concordia"

Concordia, para el señor Cambó, según su libro, significa la aceptación por todos los españoles del programa catalanista. ¿Cuál es, en definitiva, esa solución política de concordia? «Es el reconocimiento sincero del derecho que tienen los catalanes a conservar su personalidad colectiva, y a seguir su vida interior con plenitud de atribuciones y de responsabilidades, de derechos y de obligaciones». (Página 176) «Las bases esenciales de una concordia son dos: la consagración de la unidad de Cataluña mediante la creación de organismos centrales que engloben directamente todo el territorio catalán, y el reconocimiento definitivo de que la lengua catalana es la lengua propia de los catalanes, con derecho a otorgarle las máximas consagraciones y los máximos honores en la vida interior de Cataluña». (Páginas 177 a 178).
¿Está claro? Pues todavía para precisar mejor el alcance de estos conceptos, conviene leer en la página 32 del mismo libro «Por la Concordia»: «El problema catalán tiene por base, por única base, la existencia de un hecho diferencial, de una personalidad inconfundible e indestructible, la cual, para quien no sea ciego de espíritu, es tan rigurosa y destacada en el pasado y en el presente (subrayo) en los hechos históricos que la han creado y en las realidades actuales que la mantienen, como lo pueda ser la de Polonia, la de Irlanda y la de Bohemia».
En rigor, ¿para qué comentar? Estamos como siempre, como el primer día. Ni la cortesía, ni el tono social, ni la buena voluntad, ni ese equilibrio que da la vida en su marcha y que es más sólido cuando se acompañan del éxito y responsabilidad económica, pueden alterar las agrias posiciones doctrinales. Sobre todo en un pueblo de hombres puntillosos y esclavos del prejuicio de la consecuencia como el nuestro español, catalán y no catalán. Inútil y un poco tonto pretender engañarse ante el encanto de los modales y brillantez personal.

«East is east, and west is west. And never the twin vill meet», como en Kipling.

Desgraciada, desgraciadísima.

Los sepañoles dispuestos a aceptar la dirección política de don Francisco Cambó, admiten la identidad del problema de Cataluña con el de Polonia y el de Irlanda? Así, claramente, no hasta decir compungidos que hacen falta hombres y otra porción de cosas acechadas y evasivas. La falta de hombres, el momento crítico, el peligro mismo de las instituciones fundamentales del país, lleva a esos españoles a tratar el problema de Cataluña con el ánimo—que es lo capital; las soluciones circunstanciales son lo de menos—con que se han tratado y resuelto los de Bohemia, Irlanda y Polonia. Ahí está lo que necesitamos saber los demás españoles y en especial los monárquicos y conservadores. Que el señor Cambó es un político extraordinario y sus aptitudes de director de fuerzas ordenadas y autoritarias, probablemente única en España, eso ya lo creíamos y lo sentíamos con todos los fervores y simpatías precisos hace muchísimos tiempos.

Los españoles para quienes el hecho de la unidad de nuestra patria no es puramente geográfico, aunque «acentuado por siglos de historia común efusivamente compartida», sino sustancial, decisivo, de cultura y posición ante el mundo, comprensivo de cuantos pueblos en un proceso histórico han llegado a formar España, no podemos admitir a cambio de nada esa otra idea sobre la constitución de nuestro país. «Cuando la Monarquía había desaparecido—escribe Balmes hablando de la gran crisis de 1808—natural era que se presentaran las antiguas divisiones, si es que en realidad existían; pero nada de eso: jamás se mostró tan vivo el sentimiento de nacionalidad, jamás se manifestó más clara la fraternal unidad de todas las provincias españolas... Españoles y nada más que españoles eran así el

catalán que cubría su torva frente con la gorra encarnada como el andaluz que se contoneaba con el airoso calañés». El glorioso catalán autor de esas líneas hasta de «fomentar un provincialismo ciego que se olvide de que el Principado está unido al resto de la Monarquía» disuade a sus paisanos. Y otro catalán que, al contrario, alentaba ese y todos los provincialismos, Pi y Margall, ante el mismo suceso de 1808 reconoce «el sentimiento de unidad de que estaban ya animados los antiguos Reinos». Es decir, que nosotros nos hallamos a nuestra vez con el hecho de una unidad de conciencia española en la propia Cataluña, en rigor no alterado hasta hace treinta y tantos años. Vemos todavía—también los ve y enumera entre los factores del problema el señor Cambó—muchos catalanes fieles a ese mismo sentido, juzgamos el catalanismo un fenómeno político de tipo romántico, con el natural asidero de todo localismo favorecido para su difusión por las crisis españolas y por el tipo de ideología imperante, pero no suficiente para justificar con su trabajoso esfuerzo un problema de disociación—con o sin separación oficial, que es lo de menos—de Cataluña con relación al resto de España. Estamos más con la vieja realidad tradicional y con el buen sentido contemporáneo de muchos, incontables catalanes, no catalanistas, según lo definía—y aquí copiamos sus palabras—Unamuno.
Creemos además que el estado agnóstico y juez de campo, incapaz de insuflar él por sí mismo alientos y espiritualidades, ha pasado, dígame a no se diga, si es que en rigor ha existido fuera de los países aquejados de dolorosa decadencia y falta de brio. Y en último término, no nos es posible admitir esa mezcla perpetua de los problemas genéricos nacionales con la particularidad catalanista, de tal modo asociados, que ésta siempre represente la innovación y la reforma y comunique esas virtudes a quienes circunstancial o estratégicamente la favorezcan, teniendo, en cambio, condenado a vejez y miseria cualquier ideario distante de la reivindicación autonomista.
Los únicos eficazmente deseosos de llegar a una concordia con las fuerzas de disgregación catalana, en las que la presión burguesa y el buen sentido pugna mucho más de lo que algunos creen con la postiza imposición doctrinal de los últimos decenios me parece a mí que somos los españoles que hablamos claro. En el caso concreto del señor Cambó, los que antes de embarcarnos en tremendas aventuras expuestos a montar una competencia puramente táctica con la izquierda para ver quien descompone mejor España, utilizando las fuerzas de separación en propio provecho, deseamos precisiones sobre un tema concreto, hasta aho-

ra única razón de la existencia política del señor Cambó, de la cual nos seducen tan sólo las cualidades demostradas en la pelea y los aciertos parciales, y no ciertamente el propósito central, calamitoso entre todos los calamitosos de España. Ni el snobismo ni la moda, ni la mala nota intelectual deben a nadie apartar de este camino, de momento nada grato, y, sin embargo, único capaz de evitar dolorosos—sangrientas, ya lo ve Cambo—desastres a España.
La única parte de novedad y de consuelo en el libro del señor Cambó es la relativa al propósito de hacer de nuestra Monarquía una imitación del Imperio austro-húngaro. No es broma. En la página 160 y siguientes está brillantemente planeada la austrificación de los Borbones de España. «¿El Imperio austriaco habría podido subsistir sin la acción delicadamente coordinada de la dinastía de los Habsburg?—se pregunta el señor Cambó con discutible sentido de la oportunidad—. Por mi parte, para eso, la verdad, prefiero los antiguos tiempos de ¿Monarquía?, ¿República? Intentar traernos después de nuestra formidable historia monárquica aquel viejo artefacto bicéfalo, útil y servicial como instrumento de cultura en las fronteras de la barbarie, sí, nacido a última hora del fracaso alemán de la dinastía austriaca, incapaz de creación y de espíritu, estimable gendarmen a lo sumo en tiempos revueltos y cuyo final no es precisamente un remoto secreto, me parece fuerte. Y como programa llenar de archiduques o virreyes nuestras capitales de provincia para que mientras las mujeres de los burgueses bailan en las fiestas principescas, los maridos en sus políticas, sus periódicos y sus culturas desahagan cómodos y garantizados, el glorioso organismo nacional, encuentre un horrendo programa.
Si eso fuera a ser la Monarquía española—no lo será nunca—, la prefiero otra cualquier cosa.
Un solo remedio ve a los males de España el señor Cambó: el iberismo. «El ideal colectivo el único colectivo que puede forjar una gran España es el que la Geografía y la Historia nos señalan: el liberalismo». Es decir, la federación con Portugal. «Deshacer España para que Portugal, al ver ese ejemplo de condescendencia, se anime a unirse con nosotros. (Páginas 203 y siguientes). ¿Es esto serio? ¿Puede nadie en la eficacia de cosa semejante? ¿Un estadista aspirante a gobernar puede cargarse con la responsabilidad de semejante complicación internacional? ¿No hubo ya muchas sobradas de la inanidad de semejante ensayo? ¡Y sobre todo, centrar en eso, subordinar la tónica y la estructura de nues-

tra política o quimera semejante! Ya ha vuelto a rodar ahora el párrafo definitivo de Ganivet en su «idearium» sobre el tema iberista. «El Debate» lo copió hace ocho o diez días. «De aquí la idea—escribe Ganivet—de algunos políticos de disolver la nación española, resucitar las antiguas regiones y fundar la unidad sobre algo parecido a una federación. Estos políticos son como los muchachos que juegan a la baraja, y cuando pierden mezclan las cartas diciendo: «Esta vez no vale»; o bien como quien va a cazar con red y aunque coja muchos pájaros en una redada se empeña en que no ha de escaparse ninguno y suelta los ya cazados para que éstos atraigan al que se escapó, sin pensar que lo más probable será que ni uno sólo vuelva a acercarse a las redes ni a tiro de ballesta...»

JOSE FÉLIX DE LEQUERICA

Provinciales

Desde San Baudilio

El corresponsal de «La Voz de Gerona», que suscribe, acaba de recibir un recorte de cierto periódico, pegado al cual el remitente puso una banderita separatista y un mueran los traidores que habrá escrito sin duda para su capote, en su manía suicida, que es la manía favorita de los separatistas.

Viene en el recorte una reseña, que respira odio por sus cuatro costados contra beneméritos elementos de la localidad, cuya honorabilidad a toda prueba está muy por encima de gentes desaprensivas que para desnaturalizarlo todo han convertido su gestión de paz y de amor en insistente campaña de odios e injurias.

Despreciando de tal reseña lo que hace referencia al corresponsal, por ser el desprecio la única contestación que merece, seguiremos sus notas para ampliar las deficientes, rectificar las que no se ajusten a la verdad, emitiendo luego el juicio que nos merecieren.

Limitémonos hoy a contestar lo que dice del Centro Católico, donde, no obstante de haberse mantenido clausurado durante algunos años por separatista, sin duda en señal de arrepentimiento acaban de leerse en sesión pública «Els Segadors», dando en cara a los bobalicones que aún creen a los vivos que disfrazan su separatismo rotulándose regionalistas.

Dice, pues, la crónica separatista que el otro día hubo representación teatral, alabando los merecimientos de los dos directores de escena. Pero es una viva lástima que el cronista nos deje a media miel, callándose lo mejor, condenando de antemano con su estudiado silencio cierto aspecto de la obra de

falsa cultura que viene realizándose. Porque han de saber los lectores de «La Voz de Gerona» que, desde hace ya varios meses, organizó y viene actuando asiduamente en el teatro de este Centro Católico nada menos que toda una Compañía de Cómicas, casaderas, alternando y a veces promiscuando con otra de muchachos—algunos de los cuales rebasan los quince abriles. De manera que en la edad más peligrosa de la vida, cuando se sueña despierto, y la sangre bulle en las venas y arde en deseos frívolos el corazón, es decir, cuando toda precaución es poca para evitar excesos lúbricos entre la juventud, se pone en contacto a los dos sexos, precisamente en el teatro donde la profusión de luces, la música, el decorado, la variedad de gentes, la ligereza de costumbres, los afeites, la moda del vestir, todo convida y enciende la sensualidad.

Verdaderamente era un encanto ver salir de los ensayos a las dos Compañías, las noches crudas de este invierno, formando corros en la calle para prodigarse mutuos elogios, lo que sin duda habrá tenido en cuenta el cronista teatral para reservarlos tan sólo a los directores. El público, sin embargo, llama crueldad a esa preterición, lamentando amargamente que regatee unos piropos a las simpáticas estrellas que lucen sus gracias en el concurso de belleza que ofrece al público, las tardes domingueras, el Centro Católico. Como suelen vestir corto, disconforme con las reglas de la modestia cristiana, colocadas en el escenario, un metro más alto que el público, ya puede figurarse el lector con cuanta edificación les contempla la concurrencia: edificación que sube de punto cuando cierto espectador, verdadera vívora contra elementos tradicionalmente sanos de la población, se acerca a las tablas, caladas las gafas, sin duda para que no se le escape ninguno de los detalles pintorescos a que se presta la falda corta, a un metro de altura, acortada todavía por las actitudes que impone la comedia, zarzuela, o cualquiera clase de representación.

Los cronistas teatrales no están contestes en la apreciación del hecho modernista de una Compañía de Cómicas, casaderas, en el teatro del Centro Católico. Hay quien le alaba grandemente, pidiendo para el autor, patente de invención y además una gran cruz por sus anchisimas tragaderas. Otros, menos regocijados pero más prácticos, dicen: bien va; basta de mogigaterías: a vivir. Los ateneos recreativos estamos de enhorabuena: tendremos un plantel de actrices económicas para nueatras varietés. Que el Centro Católico las enseñe, que luego nosotros ya se las quita-

remos. Otros, en cambio, más sensudos, lamentan el peligro evidente en que se pone a la juventud; censuran que se arranque del hogar a la mujer para que siga una senda erizada de escollos; protestan de que, sin duda inconscientemente, se pervierta la conciencia pública, amalgamando el bien y el mal, el vicio y la virtud, obstinándose en conciliar un buen fin con los malos medios, confusión apocalíptica que, por lo mismo que proviene de donde menos se podía esperar, ha de conducir al pueblo a un desastre moral.

Añade el cronista de los separatistas que en breve se colocará una placa, precisamente en la casa número dos de la Plaza de la Iglesia.

Nos parece excelente la iniciativa. Hay que convenir que honra muy mucho a sus autores. Cada oveja con su pareja. El corresponsal ordena ya sus notas para cantar las glorias del homenajado en tiempo oportuno.

De momento pedimos a los iniciadores que debajo de la lápida ponga un gran farol para que el público pueda apreciar si ciertas cuentas de la casa de enfrente están de acuerdo con el Arancel. ¿Estamos?

Nada más por hoy. Como hay tiempo y abundan los mimbres, no será pequeña la cesta.

El Corresponsal

Inspección Sanitaria de los animales

Mataderos

Conclusión

Sabiéndose que hay parásitos que perecen a menos de 100 grados y que, por tanto, es relativamente poco el calor que se necesita para su destrucción, la mayoría de las gentes ignoran este hecho, y en las distintas operaciones culinarias no saben emplear aquel agente haciendo que penetre y se reparta por igual. Superficialmen-

te se destruyen aquellos parásitos; pero en el interior de la masa si se trata de un trozo grueso, aun pueden subsistir en vida, y, sobre todo, los gérmenes o huevos, que siempre ofrecen una resistencia mucho mayor que los individuos adultos.

La tripería y demás despojos deben estar también en un departamento adecuado dentro del recinto del matadero, dedicado a la limpieza y separación de vísceras. Utilizándose los intestinos principalmente en los embutidos, por más que tengan aplicación también para cuerdas de instrumentos musicales, será conveniente someterlos a una desinfección, no bastando el lavado que se verifica, para que las bacterias no lleguen a perjudicar la calidad de la carne preparada, y que, por las condiciones en que se halla, en un terreno propicio para el desarrollo de aquellos seres, que de este modo favorecen la putrefacción, incluso también la de transmitir algunas enfermedades.

El desagüe de los mataderos es factor de importancia. Se trata de residuos que recogidos fuera del establecimiento, y preparados convenientemente, tienen gran utilidad en agricultura; de lo contrario, van a parar generalmente a los ríos y arroyos, contaminando las aguas. Una red de alcantarillado bien dispuesta y distribuida, la instalación de sifones en todos los sitios de desagüe, contribuirán, a más de otros detalles enumerados, a la higiene de estos establecimientos, evitando los malos olores y hasta la invasión de las ratas, que tanto perjudican a la carne y que con tanta abundancia se desarrollan en estos lugares.

Generales

Por asuntos particulares, el jueves último estuvo en esta ciudad nuestro querido amigo el ex-diputado a Cortes don Julio Fournier.

El señor Fournier cumplimentó al Gobernador Civil señor Alonso Jimenez.

Está próximo a ascender nuestro distinguido amigo el culto magistrado de esta Audiencia don Nicolás J. Company.

Imp. Llach.—GERONA

CREOSOTANICO CARRERAS

Cura las bronquitis, aún las más crónicas
y la tisis pulmonar

6 PESETAS BOTELLA

DEPÓSITOS—Madrid: Dr. Abras - Argensola, 10. —
Zaragoza: Rived y Chóliz - Jaime I, 19 y 21. —
Barcelona: Dr. Segalá - Rambla las Flores, 14. —
Gerona: Dr. Pérez-Xifra - Abeuradors 2. Y Doctor Roca, Farmacia «La Cruz Roja». — Figueras:
Dr. Castellví - Plaza Triangular.
POR MAYOR: Dr. Andreu, R. Cataluña, 66 - Barna.